

1

Mi psiquiatra siempre me recomendó que te escribiera, decía que sería bueno para desahogarme; que con las sesiones y el tratamiento no bastarían. Claro que no bastarían; ni un millón de sesiones y pastillas servirían para sustituir tu presencia, tu olor, tu sonrisa, tu voz...

Sin embargo, y a mi pesar, algo de razón debía de tener porque al escribirte siento que te tengo más cerca. Llevo horas delante del papel sin saber qué contarte exactamente. La pluma resbala impaciente por mis dedos, pero es que no quisiera agobiarte describiéndote mi sufrimiento; no sería justo, especialmente ahora que sé la verdad.

¿Cómo culparte? Durante mucho tiempo, más del que pude soportar, sentí que yo había sido la única culpable de tu pérdida; ni siquiera quise compartir esa responsabilidad con tu padre. Me hundí y no permití que nadie me ayudara a levantarme. Viajé a un infierno del que aún no he podido escapar del todo. Quizás contarte mi historia sea el último empujón que necesite para poner en paz mi conciencia.

Aquel día me acompañó al trabajo un extraño presentimiento. Ni siquiera podría calificarlo como tal; era una sensación inusual en mí, un vacío que insistía en distraerme. Había algo que no me encajaba y me fastidiaba no dar con ello, como cuando quieres dar con un nombre y se te queda estancado en la punta de la lengua.

—Mami, hoy no me encuentro bien.

Reconocí al momento esa expresión de tu rostro.

—¿La regla, cariño?

Casi no te salió la voz.

Asentiste como buenamente pudiste y te inclinaste por el dolor hasta recostarte de nuevo en la cama.

—¿Quieres que llame al instituto y diga que no vas?

Volviste a asentir, aliviada con mi sugerencia.

—Pero te quedarás sola todo el día.

—Mamá, ya soy mayor.

Te sonreí ilusionada ante el descubrimiento que me hacías, pues era cierto, yo aún creía estar viendo a mi niña.

—Sí, ya eres mayor —dije acariciándote la frente—. Si necesitas algo llámame al trabajo, o, mejor, al móvil.

—No te preocupes.

Y me sonreíste.

Si hubiera sabido que ésa era la última de tus sonrisas jamás te hubiera dejado sola. He retenido con todas mis fuerzas en mi memoria esa expresión tuya, las caricias que te di, el tacto de tu piel. Aún creo estar viendo tus ojos, respirar tus palabras. «No te preocupes».

Ojalá hubieras cerrado esa frase con «mamá»; ojalá te hubiera dicho en ese momento todas las cosas que aún no te había dicho y que te tenía guardadas para las ocasiones oportunas, como cuando te expliqué lo que era estar enamorada.

No pude seguir tu recomendación ese día. Había algo en tu conversación que no me invitaba al sosiego. Pensé en llamarte, pero no quería parecer la típica madre agobiante. Siempre he odiado ese tipo de control sobre los hijos. De pronto, un sinfín de números inconexos empezaron a removerse como locos en mi mente. Del uno al treinta y uno. Por mucho que sacudía mi cabeza, aquellos números se empeñaban en llamar mi atención con sus apariciones.

Probé con cerrar los ojos, apretarlos con fuerza hasta llegar incluso al dolor. Aquello fue peor: los números se hicieron más nítidos y más veloces, como si las hojas de un calendario pasaran a una velocidad excesiva esperando a que alguna mano las detuviera. Al pensar en la imagen del calendario me di cuenta de que ése era el mensaje, el sentido de esos números que no paraban de llamar mi atención.

—¿Te encuentras bien?

Era mi jefe; imagino que aquella sería la segunda o tercera vez que me hacía esa pregunta. Es un maniático de la puntualidad, pero buena persona.

—¿Eh? Sí, sí, estoy bien. Estaba distraída, perdona.

—Te decía que no te olvides de presentarme esos informes a mediodía.

—Sí, sí, descuida

Me miró no muy convencido de mis palabras, sonrió y se fue. En cuanto me quedé sola, los números volvieron a hacer acto de presencia.

En realidad, no es que hubieran desaparecido; más bien habían quedado en letargo esperando a que mi jefe desapareciera. Esta vez, sin embargo, se me presentaron lentamente, como si quisieran que me fijara en un número determinado, en una fecha determinada. Me parecía estar viendo la ruleta de un casino que dejaba de girar ante la atenta mirada de los jugadores ansiosos por conocer el número en el que se detendría la flecha. El cinco, se había parado en el cinco. ¿Por qué?, ¿por qué ese número y no otro?

Ahí estaban mis informes esperándome, el reloj avanzando sin remedio y yo sin poder apartar mis pensamientos de ese maldito número. Empecé a repasar todos los actos de mi vida en los que ese número tendría algún significado en especial, pero nada hallé: ni mi cumpleaños, ni

el de tu padre o hermanos, ni el día de mi boda o el de tu comunión. Lo único que aparecía relacionado con el cinco era el insulso, mecánico y anodino acto de hacer la compra del mes en el supermercado, que generalmente lo hacíamos coincidir en esa fecha.

El corazón me dio un pequeño vuelco comprendiendo, antes que yo, mi descubrimiento. Al aparecer la imagen del supermercado en mi cabeza, entendí la razón por la que esos números, esas fechas, habían insistido tanto en molestarme. Era mi presentimiento que tomaba forma. Tú me habías acompañado al supermercado; nunca querías venir pero ese día te apeteció. Fue maravilloso; quizás el recuerdo reciente más hermoso que guardo de tu existencia. Más que madre e hija, parecíamos amigas ilusionadas por buscar el producto a mejor precio.

—¿Te ocurre algo? —recuerdo que te pregunté mientras nos tomábamos un batido como victoria por nuestro día de compras—. Tienes mala cara.

Entonces arrugaste la cara como lo hiciste esa última mañana tuya.

—Me está bajando la regla.

Empecé a repetirme una y otra vez esa frase en la oficina. Busqué un almanaque en mi mesa. Una estupidez: yo sabía perfectamente el día en el que estábamos. Era veinticinco, estábamos a veinticinco. Tú no podías tener la regla esa mañana. Era absolutamente imposible. Me habías mentido; me habías mentido para quedarte sola en casa. Lejos de preocuparme, me quedé más tranquila al descubrir el engaño. Recuerdo incluso que llegué a sonreír ante tu picaresca. Nunca me habías hecho algo así, de modo que la curiosidad pasó a sustituir a la intriga. En el mismo instante en que había decidido llamarte a casa, sonó mi móvil. Me quedé mirando aquel aparatejo sin atreverme a cogerlo. Sabía quién era sin necesidad de mirar a la pantalla, de ahí mi temor.

La melodía que identificaba a tu padre circulaba a sus anchas por toda la oficina. Imagino que los compañeros me mirarían molestos o pensando que me iba a ganar la bronca del jefe. En todos nuestros años de matrimonio, tu padre jamás me había llamado en horario de trabajo. Por fin, me atreví a cogerlo.

—¿Sí? —dije tratando de simular mi incertidumbre.

—Cariño, tienes que venir a casa —reconocí en su voz un esfuerzo por no derrumbarse. Sonaba débil pero sin intención de parecerlo, más bien lo contrario—, ha ocurrido algo.

«Algo». Cabe tanto en esa pequeña palabra... Pero tu padre no me quiso aclarar nada, probablemente porque se sentía incapaz; ni siquiera una frase orientadora para prepararme.